

# Filosofía del lenguaje: 1950-1990\*

Tyler Burge

Los últimos cuarenta años en la filosofía del lenguaje han sido testigos de algunas de las discusiones, me atrevería a decir, más intensas e intelectualmente vigorosas acontecidas en cualquier terreno académico durante este periodo.<sup>1</sup> No obstante, los logros en esta disciplina no han sido ampliamente apreciados por el público intelectual en general. En parte esto se debe a su dificultad y abstracción. Pero también es un reflejo de la lamentable debilidad en la comunicación entre la filosofía y el resto de la cultura, especialmente en América. A mi entender, esta situación se desarrolló durante la profesionalización de la filosofía en el periodo positivista. De hecho, tal vez debiera culparse de ésto al duro enjuiciamiento positivista del escaso valor cognoscitivo de la mayoría de la cultura no-científica.

El positivismo lógico tiene una sombra alargada. Su agotamiento a principios de los años cincuenta es el acontecimiento central y el comienzo del periodo sobre el que reflexionaré. Cuestiones propias de esta tradición animaron y tintaron gran parte de la discusión que la continuó. El reto de la filosofía ha sido mantener la claridad y el respeto por la argumentación característicos de esta tradición, mientras se suavizaban sus requisitos acerca del método y la temática filosóficos.

El positivismo lógico tenía como objetivo científicar la filosofía, acabar con la sucesión de sistemas filosóficos que parecía impedir toda analogía con el progreso científico. Para lograr su objetivo, esta tradición explicó porqué la filosofía había fracasado en ser científica y cuáles son su enfoque y límites adecuados. Esta explica-

\* Este artículo es la traducción de una revisión que Tyler Burge ha hecho expresamente para *Cuaderno Gris* de su artículo «Philosophy of Language and Mind: 1950-1990» que apareció originalmente en *The Philosophical Review*, volumen 101, número 1 en enero de 1992 [Nota del Editor].

<sup>1</sup> Lo que sigue es una visión histórica no enfocada para especialistas. Me he centrado en la filosofía escrita en inglés, que en estas cuestiones ha sido predominantemente norteamericana desde los años sesenta. El enfoque del artículo me ha obligado, obviamente, a omitir muchos temas que son de gran importancia. Mencionaré sólo algunos: contextos intencionales, cuantificación y actitudes *de re*, el concepto de verdad, la relación entre teorías del significado y cuestiones metafísicas como la del realismo, las paradojas semántica y epistemológica, la teoría de los actos de habla y otras cuestiones del pragmatismo, o el objeto de estudio de la lingüística. Creo, sin embargo, que en un sentido lato he logrado recoger lo que podría considerarse de un modo general el «cogollo» del debate filosófico. Expreso mi agradecimiento a Jay Atlas, Ned Block, Susan Carey, Warren Goldfarb, y los editores por sus buenos consejos.

ción se fundamentaba en una teoría del significado emparejada con una teoría del conocimiento.

La teoría del significado fue la aportación más original del positivismo lógico. Constaba de dos principios fundamentales. Uno era que el significado de un enunciado es su método de verificación o confirmación (*el principio de verificación*). El otro principio era que los enunciados de la lógica y la matemática, junto a enunciados que especificaban relaciones de significado, son *analíticos* en el sentido de que son *verdaderos en virtud de su significado y no dan información acerca del mundo: son enunciados vacíos o degeneradamente verdaderos*. Era un lugar común sostener que la verdad analítica es verdad en virtud de las convenciones u otras actividades cuyos resultados no son sancionados racionalmente.

Se suponía que el principio de verificación explicaba porqué la filosofía, en concreto la metafísica, había fracasado. La cuestión era que puesto que la filosofía no asocia ningún método de verificación con la mayoría de sus enunciados, estos carecen de significado. Para tener significado y producir conocimiento, se suponía que la filosofía debía imitar a la ciencia asociando sus enunciados con métodos que pudieran determinar su verdad.

Los positivistas lógicos vieron ambos principios sobre el significado suscribiendo una teoría empirista del conocimiento, una teoría según la cual todo conocimiento significativo, con contenido, sólo es justificable mediante referencia a la experiencia sensible. Se suponía que la ciencia tenía éxito sólo porque comprueba y justifica sus enunciados confrontándolos con la experiencia sensible. La lógica y la matemática, las fuentes tradicionales de dificultades para los empiristas, eran consideradas útiles pero vacías de contenido en tanto que analíticas. Así, todo enunciado con contenido, no vacío, acerca del mundo es justificable sólo mediante métodos de verificación que conducen en última instancia a la experiencia sensible.

Este empirismo difiere muy poco del de Hume. El intento de explicar los límites de la filosofía invocando el método científico es una adaptación similar a la empresa acometida por Kant. Lo que distinguía más tajantemente al empirismo lógico de sus predecesores filosóficos era una teoría del significado radical, caracterizada por el principio de verificación, y el acercamiento habitual, desapasionado, al debate filosófico llevado a cabo por sus principales exponentes (como Carnap, Schlick, Neurath, Reichenbach, y Hempel). La teoría del significado le proporcionó a la filosofía un nuevo enfoque y captó la atención del público intelectual debido a sus implicaciones extremas, según las cuales mucho de lo que pasaba por ser un discurso intelectual serio (tanto fuera como dentro de la filosofía) carecía de sentido. La capacidad intelectual, la seriedad, y la transparencia de los líderes del positivismo lógico les granjearon un buen número de interlocutores capacitados.

Prácticamente desde sus comienzos esta tradición hubo de enfrentarse a problemas con el principio de verificación. Había un problema con la auto-aplicación del método. Es arduo citar un método de verificación asociado con el principio mismo; y en ausencia de un método tal el principio es «cognoscitivamente vacío» por definición. Algunos lo defendieron como si se tratara de un principio analítico, una

verdad vacía. Pero esta postura era poco creíble dado que el principio era mucho más pretencioso que otras máximas supuestamente analíticas. Además, admitir que la filosofía que hace uno está vacía de contenido cognoscitivo no es precisamente un cumplido. Entre los positivistas, Carnap mantuvo la postura más sofisticada en este asunto. Sugirió como propuesta práctica, a ser juzgada por sus resultados teóricos, un marco lingüístico en el que el principio se considerase analítico. Concibió el principio de verificación como una máxima para aclarar el significado informal de «significado». Dada su condición pragmática, esta postura no persuadió a los que no estaban de antemano convencidos de su utilidad. Aún más, hubo de enfrentarse a problemas relacionados con la noción de marco lingüístico, analiticidad, y la distinción entre teoría y práctica, algunos de los cuales abordaré más adelante.<sup>2</sup>

También hubo problemas para decidir qué contaba como un método aceptable de confirmación. Varias propuestas acerca de en qué consistía la confirmación se descubrieron como adaptaciones actualizadas de concepciones filosóficas tradicionales (como la fenomenológica). Les faltaba entidad científica. En general, la mayoría de las formulaciones más precisas incluían parte de la metafísica como significativa, o excluían ciertas concepciones científicas como carentes de sentido. Todos estos problemas condujeron a un número de reformulaciones del principio de verificación. Pero finalmente la frustración de estos intentos abocó a Hempel en 1950 al escepticismo acerca de la viabilidad de algún principio de verificación verdaderamente efectivo.<sup>3</sup>

Los ataques frontales de Quine a ambos principios básicos del positivismo lógico a comienzos de los años cincuenta marcaron el verdadero final de esta tradición. Su crítica del principio de verificación se concentraba en los aspectos cruciales. Quine apuntó que los métodos de confirmación científicos no podían asociarse con enunciados aislados, como requería el principio de verificación. Sostuvo que las proposiciones pueden confirmarse o refutarse sólo en relación con otras proposiciones, en el contexto de una teoría. Esta postura se etiquetó vagamente como «holismo». Desde esta perspectiva, un método de confirmación no puede asociarse únicamente con un solo enunciado como su significado.<sup>4</sup> El holismo, entendido en este sentido general, se consolidó mediante muchos ejemplos tomados de la práctica científica. Desde entonces ha continuado su hegemonía en los dominios empiristas.

<sup>2</sup> Rudolf Carnap, *The Logical Syntax of Language*. London: Routledge and Kegan Paul. 1937; «Empiricism, Semantics, and Ontology» (1950), reimpresso en *Meaning and Necessity*. Chicago: Chicago University Press. 1964, apéndice A. [Para no perder la perspectiva cronológica que se ofrece en este ensayo se ha optado por mantener las referencias bibliográficas originales. N. del T.]

<sup>3</sup> Carl Hempel, «Empiricist Criteria of Cognitive Significance: Problems and Changes» (1950), en *Aspects of Scientific Explanation*. New York: The Free Press, 1965.

<sup>4</sup> W.V. Quine, «Two Dogmas of Empiricism», *Philosophical Review*, 60 (1951), pp. 20-43; reimpresso en W.V. Quine, *From a Logical Point of View*. New York: Harper. 1961; véase también *Word and Object*. Cambridge: The MIT Press. 1960. cap. 1. Argumentos similares defendía Hempel aproximadamente al mismo tiempo. Cfr. «Empiricist Criteria of Cognitive Significance», pp. 112-3, 117. Sin embargo, el trabajo de Quine tuvo mayor repercusión, debido tal vez a su brillante y convincente argumentación y porque atacaba también la distinción analítico-sintético.

Quine también atacó que la noción de analiticidad tuviera aplicación alguna. Esta crítica desembocó en una campaña contra diferentes nociones relacionadas con la idea específica de analiticidad según la he caracterizado. Dado que el mismo Quine a veces no distinguió entre esas diferentes nociones, su ataque a la idea específica de analiticidad ha sido ignorado, confuso en las controversias más generales del debate.

El aspecto básico y más contundente del argumento de Quine era que la idea de que algunos enunciados son verdaderos y vacíos de contenido no tiene ventaja explicativa ni cognoscitiva alguna. Quine mantenía que no hay razones para pretender que las proposiciones relevantes sean verdades vacías, a las que no atañe cómo sea el mundo, en oposición a «verdadero» debido a características obvias y universales (tradicionalmente, «necesarias») de la realidad. El aspecto más sólido del argumento de Quine no es que la noción de significado sea incoherente o requiera alguna explicación especial. La cuestión crucial es que no hay un buen argumento, expresado en términos analíticos e independientemente de un saber determinado, que ejemplifique la distinción entre supuestos casos de verdades analíticas (incluyendo verdades lógicas y verdades de «análisis del significado») y otros tipos de verdades.<sup>5</sup>

Carnap defendía que la lógica es analítica manteniendo que este postulado es una propuesta práctica que es a su vez analítica, esto es, considerada en razón de su eficacia para explicar significados.<sup>6</sup> Esta postura se asemejaba a su defensa del principio de verificación contra el problema de la auto-aplicación. Quine sostuvo que la noción de propuesta práctica no podía distinguirse de la de propuesta teórica. Esto es así porque las propuestas teóricas en el ámbito científico se juzgan «pragmáticamente», por su eficacia teórica.

Quine también criticó otros intentos de explicar que la lógica sea analítica, o un conjunto de verdades vacías. Al igual que contra los que sostienen que la lógica es verdadera por convención, Quine hizo ver que ésta tiene un número infinito de teoremas. Podemos imaginar, por claridad argumentativa, que los axiomas individuales de la lógica fueran verdaderos por convención. Pero para extraer consecuencias de estos axiomas debemos presuponer ya la lógica misma. Los principios básicos de la lógica parecen anteceder a cualquier actividad que pudiera considerarse como una especificación de significados lingüísticos.<sup>7</sup>

Muchos positivistas simpatizaron con el programa logicista de Frege de definir los términos matemáticos en términos lógicos, y derivar sus teoremas de axiomas y

<sup>5</sup> W.V. Quine, «Carnap on Logical Truth» (1954), en *The Ways of Paradox*. New York: Random House. 1966; véase también «On Carnap's Views on Ontology» (1951) en la misma colección.

<sup>6</sup> *The Philosophy of Rudolf Carnap*, Paul Arthur Schilp (ed.) La Salle, Ill.: Open Court. 1963, pp. 917 y ss.

<sup>7</sup> W.V. Quine, «Truth by Convention» (1936), en *The Ways of Paradox*. Este argumento se remonta hasta Lewis Carroll.

definiciones lógicas.<sup>8</sup> A diferencia de Frege, éstos interpretaron el programa teniendo como objetivo la causa empirista de considerar las matemáticas como un conjunto de verdades analíticas. Bastantes problemas oscurecían ya esta perspectiva. A estos se sumó Quine indicando que la vacuidad de la definición es, en el mejor de los casos, un rasgo circunstancial. Hizo ver que cuando se incorporan definiciones a una teoría, aquellas pasan a estar sujetas a la revisión y a la crítica teórica, por tanto no son verdades tan vacías. Este argumento se aplicó seguidamente mediante la consideración de numerosas definiciones teóricas en las matemáticas y la ciencia. Definiciones que se destaparon como falsas o teóricamente inadecuadas.<sup>9</sup>

Considerando la práctica de la interpretación lingüística, Carnap intentó dar una base empírica para distinguir entre postulados de significado y postulados teóricos.<sup>10</sup> La iniciativa de Carnap es importante históricamente porque llevó a Quine a iniciar su proyecto de una teoría de la «traducción radical» (que consideraremos más adelante). Pero aparte de sus excesivas simplificaciones y su apoyo en endebles concepciones psicológicas, la postura de Carnap es débil, creo, en tanto que nunca se embarcó en el problema de defender la analiticidad. Aunque puede que su iniciativa apuntara una *cierta* distinción entre explicaciones de significado y postulados teóricos ordinarios, aquella no da *prima facie* ninguna base para distinguir entre verdades vacías y materiales, o entre principios verdaderos que están racionalmente legitimados y aquellos que no lo están. Así, la postura de Carnap no apoya en nada la epistemología empirista (el motivo original para invocar la noción de analiticidad).

Se disputaba algo más general que el empirismo en la controversia sobre la analiticidad. Los positivistas deseaban que los «principios primeros», los límites para la discusión racional, pudiesen establecerse como analíticos, no estando sujetos a consideraciones filosóficas sobre su legitimidad. Esos principios incluían la lógica, pero otros también sentaban los citados límites para la discusión racional, como el principio de verificación o la aseveración de que ciertas verdades son analíticas y no están sujetas a legitimación racional. Si estos principios fuesen analíticos, podría evitarse su inclusión en el grupo de cuestiones metafísicas y epistemológicas tradicionales. Carnap sostuvo un principio de tolerancia que permitía la existencia de diferentes «principios primeros», que podían «aceptarse» por razones pragmáticas. Pero para su postura era crucial, como para otros positivistas menos liberales que él, que ni el establecimiento ni el cambio de un conjunto de esos principios estuviese sujeto a consideraciones racionales, «teóricas». Se suponía que tales cambios eran «provocados» o «escogidos» o «sólo prácticamente» motivados.

<sup>8</sup> Gottlob Frege, *The Foundations of Arithmetic* (1884), trad. J.L. Austin. Evanston, Ill.: Northwestern University Press. 1968; *The Basics Laws of Arithmetic* (1893-1903), M. Furth (ed.) Berkeley: University of California Press. 1967. Para una interpretación positivista del programa logicista véase Carl Hempel, «On the Nature of Mathematical Truth» (1945), en *The Philosophy of Mathematics*, 2ª edición, Paul Benacerraf e Hilary Putnam (eds.) Cambridge: Cambridge University Press. 1986.

<sup>9</sup> Cfr. «Carnap and Logical Truth» y «Two Dogmas of Empiricism»; Hilary Putnam, «The Analytic and the Synthetic» (1962), en *Philosophical Papers*, vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press. 1985.

<sup>10</sup> Cfr. «Meaning and Synonymy in Natural Languages», en *Philosophical Studies*, nº 6 (1955), pp. 33-47, reimpresso en *Meaning and Necessity*, apéndice D.

La crítica de Quine a la analiticidad pone esto en duda. De hecho, lo que considero su crítica fundamental a la analiticidad no ha recibido nunca una respuesta satisfactoria: no se ha presentado ningún argumento claramente razonable en favor de la distinción entre verdades cuya condición depende sólo de su significado y verdades cuya verdad depende de su significado y de las (tal vez necesarias) características de su objeto de estudio. Así mismo, ni Carnap ni ningún otro ha logrado distinguir satisfactoriamente entre fundamentos no racionales para aceptar «principios primeros» y fundamentos que tradicionalistas (y también Quine) considerarían racionales pero obvios (o incluso racionales pero discutibles). Quine consideró que esos fundamentos eran encubiertamente empíricos. Los apegados a la tradición los tendrían por racionales pero *a priori* y relevantes para captar aspectos importantes de la estructura del mundo. En cualquier caso, la otrora destacada noción de analiticidad ha perdido su lugar central en el debate filosófico. El ataque de Quine, de algún modo contra su voluntad, volvió a abrir una senda a las consideraciones metafísicas y epistemológicas sobre los «principios primeros» (un camino para las cuestiones tradicionalmente fundamentales de la filosofía). Los positivistas no tuvieron ningún éxito en colocar cuestión alguna (mucho menos las relativas a sus dos principios) fuera del alcance de la consideración racional.

Quine disputó otra idea de «analiticidad», sin dar pista alguna de que fuera diferente de la primera. En este segundo sentido, un enunciado es «analítico» (por tanto, «*analítico-2*») si puede derivarse de la lógica junto con un conjunto de definiciones<sup>11</sup>. Está claro que la analiticidad-2 por sí misma no es útil para el empirismo o para acabar con la filosofía tradicional, ya que es completamente neutral respecto a la condición metafísica o epistemológica de las verdades lógicas y las definiciones. Las dos nociones han sido emparejadas por muchos filósofos debido a la asunción, habitual desde Kant, de que la lógica y las definiciones son verdades vacías. Frege y Russell (no hace falta citar a Aristóteles y Leibniz) precedieron a Quine en el rechazo de esta cuestión.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> W.V. Quine, «Two Dogmas of Empiricism». Quine dice bastante poco de la analiticidad en oposición a analiticidad-2 en «Two Dogmas». Dado que este artículo ha recibido muchísima más atención que «Carnap on Logical Truth», y puesto que gran parte del ataque a la analiticidad-2 en «Two Dogmas» no es muy persuasivo, muchos filósofos no están seguros ahora de porqué el ataque de Quine a la «analiticidad» es importante. Observaría que hay una tercera concepción de «analiticidad»: una verdad es analítica («*analítica-3*») si apunta una relación de contenido entre conceptos o significados. Esta acepción no es, creo, equivalente a ninguna de las otras dos. Difiere de la analiticidad-2 en que esta no tiene porqué (no debería) aceptar al menos algunas verdades lógicas como analíticas-3. Se diferencia de la analiticidad en tanto que esta no tiene porqué (no debería) considerar las verdades analíticas-3 como vacías, o independientes de la experiencia para determinar su valor de verdad. Locke identificó la analiticidad-3 con la analiticidad. Leibniz sostuvo que la analiticidad-2 y la analiticidad-3 eran equivalentes. Kant parece que concibió las tres concepciones como idénticas. A mi entender, la analiticidad-3 no jugó ningún papel importante en el período que estamos considerando.

<sup>12</sup> Frege concibió la lógica como la disciplina que competiría a todas las cuestiones, y sostuvo concretamente que ésta implicaba la existencia de una infinidad de extensiones (incluyendo los números) y funciones (*Foundations of the Arithmetic* —e.g., sec. 14 y *passim*— o «Thoughts», en *Collected Papers*. Oxford: Basil Blackwell. 1984). La lógica de Russell es en lo esencial similar a la de Frege, sostiene que su objeto son entidades abstractas que estructuran todos los aspectos del mundo: «La lógica... se preocupa del mundo real tanto como la zoología aunque de sus características más abstractas y generales» (*Introduction to Mathematical Philosophy*. 1911; reimpresso en New York: Simon and Schuster. 1971, cap. 16). Aristóteles pensaba que las definiciones expresan esencias, y que la lógica descubría estructuras fundamentales del mundo (cf. *Analítica posterior*, I 1-4; II 10, 19; *Metafísica* IV 4). Leibniz pensó que todo conocimiento del mundo podía ser derivado, al menos por Dios, de principios lógicos mediante el

Quine mezcló las dos nociones de analiticidad por diferentes razones. Pensaba que ambas carecían de utilidad. Su crítica a la analiticidad-2 era que no tenía un valor explicativo claro, y que todo intento de explicar la crucial noción de definición utiliza nociones que son igualmente inútiles. La noción clave para dar cuenta de la idea de definición era la de sinonimia. Desarrollando cuestiones acerca de las definiciones que hemos apuntado ya, Quine mantuvo que no hay una distinción explicativa útil entre postulados teóricos ordinarios y enunciados que fijan el significado de un término, o entre atribuciones de cambio de significado y atribuciones de cambio de creencia. Así, Quine propuso un escepticismo general acerca de la noción misma de significado.

Las críticas de Quine a la analiticidad-2 encontraron mucha más resistencia que las de la analiticidad. Estas críticas las encuentro mucho menos acertadas. Pero debido al escepticismo de Quine respecto a la noción misma de significado, la cuestión de si tal noción puede ser clarificada sustituye a la de si la analiticidad puede defenderse como el núcleo de la discusión. En parte, porque con clarificar las nociones de significado y lógica bastaba para defender la analiticidad-2, aquella tendió a oscurecer el papel de la analiticidad en el debate.

Bastantes filósofos mantuvieron que la demanda de Quine de una explicación esclarecedora de la distinción entre postulados teóricos ordinarios y sinonimia estaba fuera de lugar. Sostuvieron que una distinción tal podía fundamentarse en una práctica en lugar de en un principio (que la existencia de una práctica en la que se explica el significado, se dan definiciones de diccionario, hacía plausible que hubiese una distinción entre explicación del significado, o sinonimia, y los postulados teóricos ordinarios).<sup>13</sup> Los defensores de la analiticidad-2 normalmente suscribían que las definiciones o las explicaciones de significado no podían devenir falsas. En esto, creo que estaban equivocados. Pero en sus observaciones de que hay una distinción sostenible entre las explicaciones de significado y otros postulados teóricos, me parece que los defensores de la analiticidad-2 están pisando suelo más firme. Quine suscribió, en efecto, que una práctica sin un principio no podía justificarse. Además, puso en duda que la distinción que sus contrincantes señalaban necesitara explicarse utilizando noción alguna de significado.<sup>14</sup>

Esta disputa reflejaba una división más profunda en torno a la práctica filosófica. La división afectaba tanto al método lingüístico como al filosófico. El positivismo, influido por Frege a través de Russell, Carnap y Wittgenstein había difundido que el estudio del significado lingüístico era el lugar idóneo para el inicio del

análisis de conceptos (*cf.*, por ejemplo, «Primary Truths»; «Discourse on Metaphysics», sec. 8; y «Monadology», sec. 31; ambas en *Philosophical Essays*, trad. Ariew y Garber. Indianapolis: Hackett. 1989). En un sentido más general, la idea de que, mediante la comprensión de relaciones conceptuales, se puede obtener un conocimiento profundo y fundamental del mundo es un postulado característico del racionalismo.

<sup>13</sup> H.P. Grice y P.F. Strawson, «In Defense of a Dogma», en *Philosophical Review*, 65 (1956), pp. 141-58; Hilary Putnam, «The Analytic and the Synthetic».

<sup>14</sup> *Cf.* por ejemplo, W.V. Quine, *Word and Object*, p. 67.

filosofar<sup>15</sup>. Se suponía que el lenguaje y el significado explicitaban mejor el acuerdo filosófico inicial que otros puntos de partida tradicionales, como la naturaleza de los conceptos o los primeros principios metafísicos y epistemológicos. Antes de los años cincuenta el giro lingüístico había tenido lugar. Éste se filtró a través de dos tradiciones bien diferentes.

Una de esas tradiciones provenía del intento de Frege de encontrar un lenguaje perfecto para expresar la estructura de las matemáticas. Este acercamiento lo continuaron los positivistas, Russell, Wittgenstein, y, finalmente, Quine. El interés de Frege por las matemáticas lo ampliaron otros hasta incluir toda la ciencia. La idea que subyacía a esto era que aunque el lenguaje era un tema razonable de interés filosófico, tenía que entenderse a la luz de necesarias reformas con propósitos científicos.

La otra tradición procedía de la insistencia de G.E. Moore en la primacía de los juicios y prácticas cotidianas en el tratamiento de problemas filosóficos. En los escritos éticos y epistemológicos de Moore a los ejemplos se les daba más importancia que a la teoría; y a los razonamientos ordinarios prioridad frente a los principios filosóficos. El énfasis puesto por Moore en lo cotidiano fue recuperado y aplicado a la práctica lingüística en la novedosa última etapa de Wittgenstein. En los últimos años de la década de los cuarenta y en los cincuenta, antes y después de la publicación de *Philosophical Investigations* (1953), la atención a los detalles y matices de la práctica lingüística cotidiana se convirtió en la clave de la «filosofía del lenguaje ordinario»<sup>16</sup>. Los defensores de esta posición tendían a asumir que la sabiduría de siglos estaba contenida en la práctica cotidiana. Los problemas filosóficos se consideraban solubles mediante referencia a la práctica lingüística cotidiana.

Así, ambas tradiciones tomaron la filosofía del lenguaje como el punto de partida para hacer filosofía. En los años cincuenta ambas tendían a ser arrogantes con toda filosofía pasada. No obstante, la tradición procedente de Frege suscribió la ciencia, la lógica, o la matemática como la fuente de inspiración para la investigación lingüística y filosófica, mientras que los que partían de Moore vieron la práctica del lenguaje cotidiano como la piedra de toque para los razonamientos lingüísticos y filosóficos. Los primeros desconfiaban de la intuición y defendían la teoría. Los últimos no confiaban en los principios y abogaban por los casos concretos.<sup>17</sup>

Como modos de entender el lenguaje y como puntos de partida para hacer filosofía, cada tradición tenía sus puntos débiles. En ambos casos, la impaciencia al

<sup>15</sup> Para una notable colección de artículos de este periodo orientados metodológicamente, véase R. Rorty (ed.), *The Linguistic Turn*. Chicago: University of Chicago Press. 1967.

<sup>16</sup> Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, trad. E. Anscombe. New York: Mcmillan. 1953; y J.L. Austin, «Other Minds» (1946), en *Philosophical Papers*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1961, son tal vez los casos más sobresalientes del intento de aplicar observaciones sobre el uso lingüístico ordinario a los problemas tradicionales de la filosofía.

<sup>17</sup> El ejemplo más fascinante y sofisticado de esta disputa es el famoso enfrentamiento entre Carnap y Strawson. Cfr. P.F. Strawson, «Carnap's View of Constructed Systems versus Natural Languages in Analytical Philosophy» y R. Carnap, «P.F. Strawson on Linguistic Naturalism», ambos en *The Philosophy of Rudolf Carnap*. Cfr. también Stanley Cavell, «Must We Mean What We Say?» (1958), en *Must We Mean What We Say?* Cambridge: Cambridge University Press. 1976.



tratar problemas filosóficos tradicionales condujo a soluciones apresuradas que ahora parecen superficiales.

La tradición del lenguaje ordinario hizo algunas observaciones lingüísticas brillantes. Nos dotó de nuevas herramientas para tratar los problemas filosóficos y de una fina sensibilidad para las distinciones lingüísticas. Pero como método filosófico se encontró con numerosas dificultades, nunca adecuadamente tratadas, al derivar conclusiones filosóficas de ejemplos lingüísticos.<sup>18</sup>

Como modo de entender el lenguaje esta tradición se prestaba a lo anecdótico, y su legado de contribuciones concretas es bastante escaso. Sólo unos pocos trabajos contribuyeron de un modo duradero a la comprensión del lenguaje. Austin elaboró una taxonomía de los actos de habla (actos como aseverar, prometer, ordenar) que los incluía en el marco más amplio de la acción humana. Esta clasificación se convirtió en un punto de partida para gran parte del trabajo sobre la pragmática lingüística. Algunos de los primeros trabajos de Strawson sobre el acto de habla de referir y la presuposición dieron sus frutos.<sup>19</sup> La principal contribución de esta tradición a la filosofía del lenguaje, la atención prestada a detalles del uso lingüístico, dio mejores resultados cuando posteriormente se alió con teorías sistemáticas.

Influida por el espectacular desarrollo de la lógica desde Frege, la tradición de los constructivistas lógicos tenía como objetivo aclarar los problemas filosóficos formulándolos en un sistema lógico preciso. Donde las nociones ordinarias eran indefinidas o vagas, se reemplazaban por analogías más precisas. La necesidad de formular reglas claras de inferencia destapó una amplia gama de distinciones. La lógica misma debía considerarse como una aclaración de conceptos lógicos ordinarios. El constructivismo lógico tuvo al principio un notable éxito con la elaboración de nuevas lógicas (en particular en el análisis de la necesidad y de las nociones temporales).<sup>20</sup>

En tanto que método filosófico estaba limitado, sin embargo, por la tendencia a asumir que los problemas filosóficos desaparecerían si fueran reemplazados por problemas lógicos o problemas relativos a la construcción de un lenguaje científico. Bastantes problemas filosóficos surgen en discursos que no son científicos y no pueden solucionarse explicitando reglas de uso de nociones científicas. Incluso la

<sup>18</sup> La discusión del argumento del caso paradigmático marcó, creo, el derrumbe de este método. Cfr. J.W.N. Watkins, «Farewell to the Paradigm Case Argument», *Analysis*, nº 18 (1957), pp. 25-33; Keith Donnellan, «The Paradigm-Case Argument», en *The Encyclopedia of Philosophy*, Paul Edwards (ed.) New York: The McMillan Company and the Free Press. 1967.

<sup>19</sup> J.L. Austin, *How to Do Things with Words*. New York: Oxford University Press. 1965; P.F. Strawson, «On Referring», *Mind*, nº 59 (1950), pp. 320-44; P.F. Strawson, *Introduction to Logical Theory*. London: Methuen. 1952. Para trabajos más recientes en este campo, véase John Searle, «A Taxonomy of Illocutionary Acts» (1975) e «Indirect Speech Acts» (1975), reimpresos en *Expression and Meaning*. Cambridge: Cambridge University Press. 1979; Jay Atlas, *Philosophy Without Ambiguity*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1989.

<sup>20</sup> Rudolf Carnap, «Modalities and Quantification», *Journal of Symbolic Logic*, nº 11 (1946), pp. 33-64; Ruth Barcan Marcus, «A Functional Calculus of First-Order Based on Strict Implication», *Journal of Symbolic Logic*, nº 11 (1956), pp. 1-16; A.N. Prior, *Time and Modality*. Oxford: Oxford University Press, 1957; Saul Kripke, «Semantical Analysis of Modal Logic I», *Zeitschrift für Mathematische Logik*, nº 9 (1963), pp. 67-96; Alonzo Church, «A Formulation of the Logic of Sense and Denotation», en *Essays in Honour of Henry Sheffer*, ed. Henle. New York. 1951.

mayoría de esos problemas íntimamente relacionados con la ciencia no se resuelve con la mera aclaración de relaciones lógicas.

Como acercamiento para comprender el lenguaje, el método constructivista de sustitución estaba pensado para evitar ciertos aspectos del uso lingüístico que dificultaban las tareas científicas. Así, la vaguedad, la ambigüedad, la deicticidad, la referencia singular, la implicación, la intencionalidad, y tantas otras cuestiones se ignoraron (por uno u otro autor) debido a ideas preconcebidas acerca del buen funcionamiento de los sistemas lógicos o las necesidades de la ciencia.

La influencia de Frege sobre la tradición lógico-constructivista ya ha sido mencionada. Uno de los desarrollos más importantes en los años cincuenta fue el renacimiento del interés por la obra de Frege, en concreto sobre sus ensayos de filosofía del lenguaje. El nombre de Frege lo mantuvieron vivo Russell, Carnap, y Wittgenstein a comienzos de siglo, y Church, Carnap, y Quine en la década de los cuarenta y cincuenta. Pero lo que motivó amplias consideraciones sobre su trabajo fue la publicación en 1952 de *Translations of the Philosophical Writings of Gottlob Frege*, editado y traducido por Peter Geach y Max Black. Posteriormente, durante los cincuenta, a Frege se lo reconoció generalizadamente como el padre de la filosofía del siglo XX.<sup>21</sup>

En la década de los sesenta y los setenta, la filosofía del lenguaje se convirtió en una disciplina vibrante, casi autónoma. De hecho, bastantes pensadores la consideraron la nueva «filosofía primera»<sup>22</sup>. A mi juicio, la disciplina alcanzó su madurez por cuatro motivos. Uno fue la influencia y el gran ejemplo de Frege. Otro, la combinación de los aspectos más fructíferos de la filosofía del lenguaje ordinario y el constructivismo lógico: la teoría lógica se aplicó al lenguaje común con el objetivo de comprenderlo en lugar de reformarlo. Un tercer motivo fue la necesidad de dar cuenta del fracaso del principio de verificación positivista. Y el cuarto fue la revitalización de problemas tradicionales acerca de la referencia de términos singulares. Todo esto alimentó el debate en torno a tres conjuntos de problemas: cuestiones relacionadas con la forma lógica, aspectos ligados al significado, y cuestiones en torno a la referencia. El trabajo de Frege fue pionero en la discusión de estos tres conjuntos de problemas. Los restantes tres motivos estimularon respectivamente cada uno de los conjuntos de problemas indicados. Comentaré brevemente algunas de las contribuciones de Frege a la filosofía del lenguaje. Después, diré algo más acerca de los otros tres aspectos que animaron la filosofía del lenguaje.

Frege llevó a cabo el primer avance profundo en la lógica de Aristóteles cuando en 1879 enunció la sintaxis y la semántica para el cálculo proposicional y la lógica cuantificacional de primer y segundo orden. Este trabajo sentó las bases para uno de los grandes logros intelectuales del siglo: la lógica matemática. Esto ofreció a la

<sup>21</sup> Gottlob Frege. *Translations of the Philosophical Writings of Gottlob Frege*, P. Geach y M. Black (eds.) Oxford: Basil Blackwell. 1952.

<sup>22</sup> Para una buena exposición de esta postura, véase Michael Dummett, «Frege», en *The Encyclopedia of Philosophy*.

filosofía un abanico de problemas nuevos y un novedoso contexto en el que discutir los antiguos. Influida por la obra de Frege, según fue transmitida por Russell y Wittgenstein, el desarrollo de la semántica formal por Gödel, Tarski, Church, Carnap y otros en la década de los treinta y los cuarenta devino la piedra angular para los intentos llevados a cabo en los años sesenta y setenta de dar cuenta de las condiciones de verdad, la forma lógica, y la estructura composicional de los lenguajes naturales. Frege inauguró un método para dar con la forma lógica de los lenguajes naturales articulando estructuras que dieran cuenta de las inferencias actualmente realizadas en esos lenguajes. Sus explicaciones semánticas de varias construcciones lingüísticas se convirtieron tanto en ejemplos de cómo teorizar sobre el lenguaje como en contrincantes frente a teorías rivales.

Frege también proporcionó un argumento para distinguir dos nociones semánticas: sentido y referencia. El argumento es tan intrincado, pese a su aparente simplicidad, que se ha convertido en un punto de referencia para la discusión filosófica en torno al lenguaje y a la mente. Frege nos hizo ver que un enunciado como «Hesperus es Phosphorus» tiene un valor cognoscitivo diferente al enunciado «Hesperus es Hesperus». El primero es potencialmente informativo mientras que el segundo no lo es. Dado que las referencias de los componentes de las dos expresiones son las mismas, Frege ubicó la diferencia entre ellas en una distinción de sentido, o valor cognoscitivo, expresado por los nombres «Hesperus» y «Phosphorus». El desarrollo teórico y la explicación de las nociones de sentido y referencia se convirtieron en problemas fundamentales para la filosofía del lenguaje.<sup>23</sup>

El segundo motivo del florecimiento de la filosofía del lenguaje fue una fecundación de los intereses de la filosofía del lenguaje ordinario con los métodos del constructivismo lógico. Strawson y Quine comenzaron unificando estas dos tradiciones. Entrenado en un medio en el que el estudio del lenguaje ordinario se tomaba seriamente, Strawson llevó a cabo un trabajo significativo en los años cincuenta y comienzo de los sesenta sobre la referencia, la presuposición, y los casos de carencia de valores de verdad. Intentó ampliar las miras de la lógica para tratar aspectos procedentes de la tradición del lenguaje ordinario.<sup>24</sup>

Quine continuó la tradición lógica constructivista. Tenía como objetivo la articulación de un lenguaje adecuado para los propósitos de la ciencia. En *Word and Object*, un trabajo de gran influencia, Quine argumentaba que la ciencia podía formalizarse mediante la lógica cuantificacional de primer orden (sin constantes singulares) y la teoría de conjuntos.<sup>25</sup> Desarrollando este argumento, Quine consideró un amplio conjunto de construcciones lingüísticas y mostró una notable sensibilidad para captar los patrones inferenciales relacionados con ellas. Incluso cuando acababa rechazando una posible teoría como espuria para los propósitos científicos,

<sup>23</sup> La mejor exposición sistemática de prácticamente todo el trabajo de Frege en filosofía del lenguaje es la de Michael Dummett, *Frege: Philosophy of Language*. London: Duckworth. 1973; y *The Interpretation of Frege's Philosophy*. Cambridge: Harvard University Press. 1981.

<sup>24</sup> P.F. Strawson, *Logico-Linguistic Papers*. Bungary, Suffolk: Methuen & Co. 1971.

<sup>25</sup> *Vid.* especialmente los capítulos 3-6.

frecuentemente hacía su postura atractiva para personas cuyos objetivos eran menos reformistas.

*Word and Object* de Quine también influyó en el método filosófico. Sus preocupaciones ontológicas indicaron a muchos cómo la filosofía del lenguaje podía proporcionar un marco en el que discutir las cuestiones tradicionales de la metafísica. Quine había sostenido que una teoría implicaba la existencia de cierto tipo de entidades sólo en caso de que las entidades de ese tipo tuviesen que considerarse como valores de un conjunto de variables en afirmaciones irreductiblemente básicas de la teoría<sup>26</sup>. En *Word and Object*, Quine desdibujó (a propósito) la distinción entre lenguaje y teoría. Entonces hizo asunciones naturales acerca de qué enunciados eran verdaderos, consideró varios modos en los que parafrasear o reducir esos enunciados a otros con una forma lógica más clara, y finalmente usó la forma lógica como fundamento para discutir los pros y los contras de admitir la existencia de varios tipos de entidades: propiedades, materias, eventos, proposiciones, conjuntos, números, estados mentales, sensaciones, objetos físicos, etc. Quine defendía un materialismo general equilibrado por un indeciso platonismo respecto a la teoría de conjuntos. El materialismo quineano no era nada nuevo. Pero su defensa en el contexto de una investigación sistemática del lenguaje y de la forma lógica lo revistió de un renovado interés. En parte gracias a *Word and Object*, las cuestiones ontológicas se convirtieron en la preocupación dominante de la metafísica, incluyendo la filosofía de la mente, en las dos décadas siguientes.

El acercamiento al lenguaje a través del estudio de la forma lógica, representado por el trabajo de Frege y Quine, fue continuado y realizado por Davidson. Davidson abandonó el objetivo de Quine de reformar el lenguaje y propuso un marco formal particular (dar una teoría de la verdad finita y axiomatizada à la *Tarski*) para mostrar la forma lógica y el «significado» de los enunciados del lenguaje natural. La pregunta de en qué sentido las teorías de la verdad de Davidson arrojaban luz sobre el significado es compleja y controvertida. Pero las contribuciones de este acercamiento (y en general, de acercamientos que utilizan la lógica formal) a estudios de la forma lógica son, creo, importantes y duraderas<sup>27</sup>. Otros filósofos propusieron varios

<sup>26</sup> W.v.O. Quine, «On What There Is», *Review of Metaphysics*, n° 2 (1948), pp. 21-38. Reimpreso en *From a Logical Point of view*.

<sup>27</sup> Donald Davidson, *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1984. Especialmente «Truth and Meaning», «Theories of Meaning and Learnable Languages», «Quotation», «On Saying That»; *Essays on Actions and Events*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1980. Especialmente «The Logical Form of Action Sentences»; Tyler Burge, «Reference and Proper Names», *Journal of Philosophy*, n° 70 (1973), pp. 425-439; «Truth and Singular Terms», *Noûs*, n° 8 (1974), pp. 309-25; «The Logical Form of Perceptual Reports», *Journal of Philosophy*, n° 80 (1983), pp. 100-27; W.v.O. Quine. «Quantifiers and Propositional Attitudes» (1953), en *Ways of Paradox*; David Kaplan, «Quantifying In», en *Words and Objections: Essays on the Work of W.v.O. Quine*, Davidson e Hintikka (eds.) Dordrecht, The Netherlands: Reidel. 1969; Scott Soames, «Lost Innocence» en *Linguistics and Philosophy*, n° 8 (1985), pp. 59-71.

tipos de lógica intensional en el análisis de la forma lógica<sup>28</sup>. Algunos de estos trabajos sobre la forma lógica se desarrollaron como lógica aplicada. Parte de ellos se dirigía a aclarar las investigaciones lógicas tradicionales. En cualquier caso, gran parte de estos trabajos ejemplifica una media bastante alta de creatividad y argumentación.

El auge de la lingüística generativa coincidió con el florecimiento de la filosofía del lenguaje<sup>29</sup>. Mirando atrás, es sorprendente qué poco se influenciaron las dos disciplinas en los sesenta. Hubo cierto intercambio interesante acerca del sentido en que uno conoce un lenguaje, acerca de las ideas innatas, y del tema exacto de la lingüística. No hay duda de que los métodos de la lógica influyeron a la lingüística, y de que a los filósofos les influyó la noción de un nivel del lenguaje que no es inmediatamente evidente a los hablantes ordinarios (entonces llamado «estructura profunda»). Pero el énfasis inicial dado por Chomsky a la relativa pureza de la sintaxis difícilmente cuadraba con la preocupación de los filósofos por cuestiones de semántica y pragmática. Sin embargo, en cuanto a la lingüística se interesó sistemáticamente por la semántica y la pragmática a principios y mediados de los sesenta (en gran parte como respuesta a la filosofía), las dos disciplinas comenzaron a juntarse. Desde entonces, buena parte del trabajo hecho anteriormente por los filósofos en torno a la forma lógica ha sido asimilada y modificada por la lingüística. Este desarrollo cuenta seguramente como uno de los logros de la filosofía en su papel tradicional de partera de las ciencias.

Un tercer estímulo para la filosofía del lenguaje fue la necesidad de asimilar el fracaso del principio de verificación. Esto condujo a intensas discusiones acerca de la forma y posibilidades de una «teoría del significado». La discusión es tan complicada que desglosarla sin distorsionarla es imposible en un ensayo como este. Mencionaré sólo algunos momentos de la discusión.

He dicho que Quine criticó el principio de verificación sosteniendo que los métodos de confirmación no pueden asociarse con enunciados individuales. Quine aceptaba *grosso modo* la asunción positivista de que el significado es, si algo, método de confirmación. Pero en vista de la naturaleza holista de la confirmación (la incapacidad de asociar la confirmación con unidades lingüísticas particulares y definidas) y la aparente imposibilidad de proporcionar una explicación general de cómo experiencias disuasorias llevan a revisar la teoría, Quine concluyó que no

<sup>28</sup> Robert Stalnaker, «A Theory of Conditionals», en *Studies in Logical Theory, American Philosophical Quarterly*. Serie monográfica, nº 2, Rescher (ed.) Oxford: Basil Blackwell. 1968; Bas van Fraassen, «Presuppositions, Supervaluations, and Free Logic» en *The Logical Way of Doing Things*. Lambert (ed.) New Haven: Yale University Press. 1969; David Lewis, «General Semantics» (1970), en sus *Philosophical Papers*, vol. 1. Oxford: Oxford University Press. 1983; David Lewis. *Counterfactuals*. Oxford: Basil Blackwell. 1973; Alonzo Church, «Outline of a Revised Formulation of the Logic of Sense and Denotation», Part I, *Noûs*, nº 8 (1973), pp. 135-56; Richard Montague, *Formal Philosophy*, Thomason (ed.) New Haven: Yale University Press. 1974; Kit Fine, «Vagueness, Truth, and Logic», *Synthese*, nº. 30 (1975), pp. 265-30; David Kaplan, «On the Logic of Demonstratives» en *Contemporary Perspectives in the Philosophy of Language*, French et al. (eds.) Minneapolis: University of Minnesota Press. 1979; Jon Barwise y John Perry, *Situations and Attitudes*. Cambridge: The MIT Press. 1983.

<sup>29</sup> Noam Chomsky. *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton & Co. 1957; *Aspects of The Theory of Syntax*. Cambridge: The MIT Press. 1965.

podía haber una teoría del significado. De hecho, pensó que la noción misma de significado no tenía ningún papel en una verdadera explicación del mundo. Incluso muchos que dudaron del escepticismo radical de Quine acerca del valor cognoscitivo de la noción de significado encontraron seductora su concepción holista, y la vieron como posible traba para una teoría general del significado. Algunos filósofos, como Dummett, aceptaron el verificacionismo y quisieron limitar el holismo a las teorías científicas. Dummett sostenía que el significado en el lenguaje común, no científico, dependía de criterios más atómicos para la aplicación de términos. Otros, como Putnam, rechazaron el verificacionismo pero aceptaron una versión del holismo debido al gran número de consideraciones que entran en la determinación de la constancia del significado a través de los cambios de creencia. Aún, otros pensaban que el holismo estaba limitado por consideraciones provenientes de la teoría de la referencia. Caso que discutiremos más tarde.

Quine introdujo su crítica de la noción de significado en argumentos para la indeterminación de la traducción<sup>30</sup>. Sostuvo que en cualquier caso en el que se traduzca un lenguaje natural, habrá bastantes traducciones ideales igualmente generales que sean tan diferentes que alguien traducirá un enunciado *S* como un enunciado verdadero mientras que otro lo hará como un enunciado falso. Quine ofreció dos tipos de argumentos para defender esta posición. El primero comienza con que las teorías físicas están infradeterminadas por todas las posibles consideraciones de evidencias (de modo que dos teorías físicas válidas pero incompatibles podrían ideal pero igualmente justificarse). Seguidamente, Quine intentó mostrar que la traducción sería indeterminada aún cuando una de estas teorías físicas estuviese firmemente establecida. Concluía que, dado que la teoría física es el criterio aceptado de la realidad objetiva, la traducción no implica nada preciso que sea objetivamente real. El segundo argumento de Quine continuaba el intento de Carnap de mostrar que las adscripciones de significado (y analiticidad) tienen una base empírica. Quine proporcionó una detallada teoría del método de traducción. En esta teoría intentaba mostrar que nuestras evidencias para hacer una traducción son demasiado escasas incluso para suscribir traducciones de términos que hacen claramente referencia a objetos *macrofísicos*, como «conejo».

La tesis de Quine acerca de la traducción era de un profundo valor en tanto que abrió un nuevo terreno al debate filosófico. Su segundo argumento estimuló la discusión sobre la evidencia y los métodos para interpretar fenómenos lingüísticamente básicos como el acuerdo, las conectivas lógicas, o los términos observacionales. Pero sus conclusiones no encontraron mucho apoyo. Las pruebas que Quine aduce para la traducción en el segundo argumento han sido comúnmente consideradas excesivamente restrictivas. La afirmación del primer argumento (que anima también al segundo) de que la clase relevante de indeterminación de la traducción relativa a las teorías físicas (i.e. física, química, biología, psicología de la conducta, pero no

<sup>30</sup> W.v.O. Quine, *Word and Object*. Caps. 1 y 2; *Ontological Relativity*. New York: Columbia University Press. 1969.

psicología cognitiva o lingüística) se debería al status cognoscitivo de la traducción no le ha parecido convincente a muchos.<sup>31</sup>

La propuesta de Davidson de que una teoría de la verdad à la Tarski sentaría las bases para una teoría del significado provocó un intenso debate en Norteamérica e Inglaterra.<sup>32</sup> Como ya he dicho, el resultado más duradero de esta propuesta fue las consideraciones en torno a la forma lógica que conllevó. La idea de que una teoría de la verdad es simplemente una teoría del significado ha sido largamente discutida. La teoría de Tarski depende de una traducción del lenguaje objeto al lenguaje en el que se presenta la teoría de la verdad. Muchos pensaron que a no ser que se dé una teoría de esta traducción, no se podría ofrecer una *teoría* del significado. Davidson hizo algunas sugerencias plausibles para flexibilizar la rigidez de Quine respecto a la traducción. Pero la principal conclusión teórica de su propuesta fue la idea de que los significados son condiciones de verdad (requisitos cuya satisfacción constituiría la verdad del enunciado o la proposición). Tales condiciones de verdad debían ser sistemática y abiertamente expuestas en una teoría de la verdad. Aunque su idea capta relativamente poco de lo que bastantes filósofos querían en una teoría del significado, sí desarrolla un aspecto importante, iniciado por Frege, en la noción de significado: la idea de que los significados, en un sentido, son condiciones de verdad. Con esto también ofreció un modo sistemático de exponer relaciones de inferencia internas entre condiciones de verdad. Davidson sostuvo que esto era lo más sistemático que podía esperarse de una «teoría» del significado.

Bajo la influencia del intuicionismo matemático y de Wittgenstein, Dummett criticó la postura de que el significado debía entenderse en términos de condiciones de verdad. Tomó la idea de confirmación en lugar de la de verdad como paradigma del «uso» lingüístico, idea que consideraba la noción básica para entender qué sea el significado. Dummett defendió que el significado no podía «transcender» las condiciones bajo las cuales el entendimiento lingüístico puede funcionar y manifestarse. Enunciados fuera del ámbito científico se asociaban con criterios de aplicación, con utilidad en la comunicación.<sup>33</sup> Dummett utilizó estas ideas en la discusión de una gran variedad de profundas cuestiones metafísicas, que quedan fuera del enfoque de este ensayo. El acercamiento de Dummett al significado, aunque rico y muy provocativo, no ha tenido una recepción muy amplia, por un lado debido a sus «anti-realistas» asociaciones metafísicas y, por otro, porque muchos lo han visto como un recrudescimiento del verificacionismo. Entender los lazos entre confirmación, o uso, y condiciones de verdad continúa siendo, sin embargo, un asunto complejo y fundamental.

<sup>31</sup> Noam Chomsky, «Quine's Empirical Assumptions», in *Words and Objections*.

<sup>32</sup> Donald Davidson, «Truth and Meaning», *Synthese*, n° 17 (1967), pp. 304-23, reimpresso en *Inquiries into Truth and Interpretation*. Cfr. también John McDowell, «Truth Conditions, Bivalence, and Verificationism» en *Truth and Meaning*, Evans y McDowell (eds.) Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1976.

<sup>33</sup> Michael Dummett, «The Philosophical Basis of Intuitionistic Logic» (1973), en *Truth and Other Enigmas*. Cambridge: Harvard University Press. 1978; «What is a Theory of Meaning?» en *Mind and Language*, Guttenplan (ed.) Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1975; «What is a Theory of Meaning?(II)» en *Truth and Other Enigmas*.

Interesado más en qué da sentido a las expresiones lingüísticas que con la estructura de un lenguaje, Grice intentó analizar el significado lingüístico en términos de un tipo especial de intención comunicativa. Defendió que el significado lingüístico debe entenderse en términos de lo que una persona quiere decir mediante una expresión. Este último tipo de significado debe entenderse en términos de la persona intentando que su expresión produzca ciertas consecuencias en una audiencia mediante el reconocimiento de su intención. El significado lingüístico de la expresión es en líneas generales el contenido de la intención.<sup>34</sup> Así, ciertos estados mentales se tuvieron por analíticamente básicos para entender el lenguaje. Los estados mentales parecen anteceder al lenguaje. Pero es difícil ver cómo algunos de nuestros más sofisticados pensamientos podrían especificarse sin el lenguaje, o independientemente de él. La relación entre la mente y el lenguaje es un tema extremadamente complejo y que requiere más investigación.

Grice aportó otra idea para entender la noción de significado. Señaló que no es siempre fácil distinguir entre el significado lingüístico de una expresión y varias sugerencias contextuales que pueden asociarse con el significado de la expresión en cuestión (lo que Grice llamaba «implicaturas conversacionales»). Grice presentó una impresionante teoría de la implicatura que ha sido desarrollada por lingüistas y filósofos.<sup>35</sup>

La cuarta fuente de motivación para la filosofía del lenguaje fue un importante cambio en la teoría de la referencia. Frege había hecho ciertos comentarios que sugerían que la referencia de un nombre propio se determina mediante la descripción definida que un hablante asocia con dicho nombre. Así, el nombre «Aristóteles» tendría por referencia lo que quiera que satisfaga una descripción definida como «El alumno de Platón y el tutor de Alejandro Magno». (Frege no intentó eliminar nombres de las descripciones definidas). Russell refinó y generalizó esta visión de la referencia. Sostuvo que la referencia podía descansar tanto en la familiaridad, *acquaintance* (un conocimiento inmediato, infalible y completo de un objeto), como en la descripción. Russell pensaba que la familiaridad estaba ligada con expresiones como «yo», «esto» (aplicado a un dato de la experiencia sensible), y tal vez «ahora». Toda otra ocurrencia de aparentes referencias singulares, incluyendo la referencia de los nombres propios y la mayoría de las expresiones demostrativas, se basaba en la descripción.<sup>36</sup>

Esta concepción de la referencia fue puesta en cuestión por Wittgenstein y en trabajos posteriores por Searle y Strawson.<sup>37</sup> Searle y Strawson sugerían que la

<sup>34</sup> Paul Grice, «Meaning» en *Philosophical Review*, n° 66 (1957), pp. 377-88; «Utterer's Meaning, Sentence-Meaning, and Word Meaning» en *Foundations of Language*, n° 4 (1968), pp.225-42; «Utterer's Meanings and Intentions» en *Philosophical Review*, n° 78 (1969), pp. 147-77; todos estos artículos están reimpresos en *Studies in the Way of Words*. Cambridge: Harvard University Press. 1989. Cfr. también Stephen Schiffer. *Meaning*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1972.

<sup>35</sup> Paul Grice, *Studies in the Way of Words*. Parte I. Conferencias ofrecidas en 1967, pero que influyeron sobre el trabajo de Strawson, mediante sus clases, tan tempranamente como los años cincuenta.

<sup>36</sup> Cfr. Gottlob Frege, «Thoughts» en *Collected Papers on Mathematics, Logic, and Philosophy*. Oxford: Basil Blackwell. 1984; Bertrand Russell, «The Philosophy of Logical Atomism» en *Logic and Knowledge*, Marsh (ed.) London: George Allen and Unwin. 1956.

<sup>37</sup> Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*. Secciones §79 y §87; John Searle, «Proper Names», *Mind*, n° 67 (1958), pp. 166-73; P.F. Strawson, *Individuals*. Cap. 6.



referencia de los nombres propios se determinaba mediante un conjunto de descripciones asociadas con el nombre por una comunidad de hablantes. El efecto de esta sugerencia fue doble: relajó la relación entre la referencia de los nombres y cualquier descripción definida asociada con ellos, e hizo un retrato de la referencia dependiendo de algo más que de las descripciones del repertorio mental del hablante. La referencia dependía, en parte, de la relación del hablante con otros hablantes en su comunidad.

Estas sugerencias fueron radicalizadas hasta tal punto que condujeron a una concepción totalmente diferente de la referencia. En 1966 Donnellan señaló que hay un uso de las descripciones definidas en el cual sus significados (las condiciones expuestas por dichas descripciones) no determinan la referencia (o, en cualquier caso, una referencia relevante para entender al hablante). Por ejemplo, una persona puede usar la descripción definida «el hombre tomándose un martini» para referirse a una mujer al otro lado de la habitación que está saboreando un refresco.<sup>38</sup> Aquí la persona seleccionada por el hablante parece parcialmente independiente de la descripción que el hablante asocia con su acción de referir.

El movimiento decisivo lo hicieron independientemente Kripke y Donnellan en 1970. Proporcionaron una serie de ejemplos que mostraban que las referencias de nombres propios en muchos casos no están fijadas por ningún conjunto de descripciones que el hablante asocia con el nombre (o incluso por descripciones ligadas con el nombre por miembros de la comunidad de hablantes).<sup>39</sup> Usando uno de los ejemplos de Kripke, «Jonás» puede referirse a un profeta concreto, aun cuando gran parte del material descriptivo asociado con el nombre sea falso, e incluso si no se tuviera el conocimiento suficiente de la figura histórica como para describirla de tal modo que se la distinguiera del resto de los personajes históricos. Toda la comunidad del hablante puede no saber nada de éste, sin embargo, el nombre aún puede tener una referencia concreta.

En estos ejemplos hay implícito un modo de fijar la referencia de los nombres. La referencia parece depender de las relaciones entre el hablante y su medio social y físico, relaciones que se entienden mejor no mediante la investigación de capacidades mentales del hablante sino atendiendo a la cadena de circunstancias que condujeron a la adquisición o al uso por parte del hablante del nombre en cuestión. Estas relaciones implican una mezcla de elementos causales e intencionales e incluyen el apoyo del hablante en otros miembros de la comunidad para fijar la referencia. Kripke esbozó un retrato de acuerdo con el que había un bautismo inicial, seguido de una cadena de usos del nombre asumidos por los hablantes, de tal modo que se mantienen las mismas referencias de uso de aquellos de quien han tomado el nombre. Una cadena de usos tal mantendría la misma referencia incluso si cambia-

<sup>38</sup> Keith Donnellan, «References and Definite Descriptions» en *Philosophical Review*, n.º 75 (1966), pp. 281-204. Véase también Leonard Linsky, «Reference and Referents» en *Philosophy and Ordinary Language*, Charles Caton (ed.) Urbana: University of Illinois Press. 1963.

<sup>39</sup> Saul Kripke, *Naming and Necessity*. Cambridge: Harvard University Press. 1972; Keith Donnellan, «Proper Names and Identifying Descriptions» en *Semantics of Natural Language*, Davidson y Harman (eds.) Dordrecht, The Netherlands. 1972.

sen las descripciones asociadas con el nombre. Las condiciones bajo las que la cadena mantiene una referencia inicial, o cambia a una nueva, se descubrieron bastante complicadas.<sup>40</sup> Pero en líneas generales esta concepción ha sido ampliamente aceptada.

Kripke incluyó su tratamiento de los nombres en una teoría de la necesidad. Consideró los nombres como «designadores rígidos» (expresiones que guardan una cierta constancia en la referencia a través del cambio de mundos posibles sin importar el enunciado modal en el que se incluyan). Esta teoría reavivó una serie de cuestiones tradicionales sobre la esencia y la necesidad, cuestiones que quedan fuera del alcance de este ensayo. En su contribución a la metafísica y a la filosofía del lenguaje, sin embargo, *Naming and Necessity* de Kripke es un hito de este periodo.

Kripke y Putnam, independientemente, dieron ejemplos para persuadirnos de que los términos de géneros naturales dependen para su referencia, como los nombres propios, no de un conjunto de descripciones sino de una compleja relación con nuestro medio social y físico.<sup>41</sup> Putnam también propuso un acercamiento para entender los términos de géneros naturales que se basaban en dar cuenta del hecho de que podemos explicarle a alguien adecuada y brevisísimamente cómo usar muchos nombres comunes. Propuso que el significado de un término se concibiera como una combinación del referente del término con lo que él llamaba un estereotipo. El estereotipo no necesitaba estar completamente definido para determinar la referencia. Puede incluso no corresponder a la referencia. Su función es ayudar a otra persona en una comunidad determinada a alcanzar el referente adecuado. Esto tiene una serie de problemas. Pero me parece que es una propuesta estimable en tanto que intenta explicar por qué funcionan los diccionarios y otro tipo de explicaciones de significado «circunstanciales» de nuestra vida diaria.

El principal resultado de estos trabajos sobre la referencia ha sido el de retratarla dependiendo de otras cosas que creencias, inferencias y capacidades selectivas del individuo. La referencia parece depender de cadenas de adquisición y de las características propias de nuestro medio, no de simples creencias y las capacidades selectivas de la persona que lleva a cabo la referencia. Esto sugiere que la referencia no puede reducirse a estados psicológicos de los individuos, a no ser que estos estados estén ellos mismos individualizados al menos en parte por la relación del hablante con su comunidad y/o su medio.

Algunos filósofos han sostenido que no hay más significado o contenido semántico de ciertas expresiones (v.g., nombres propios y pronombres demostrativos) que sus referentes. Expresiones como esas se consideran «directamente referenciales». Otros han mantenido que tales expresiones contienen un sentido

<sup>40</sup> Cfr. Gareth Evans, «The Causal Theory of Names» en *Proceedings of the Aristotelian Society*, nº 47 (supl.), 1973, pp. 187-208; Michael Devitt, *Designation*. New York: Columbia University Press. 1981.

<sup>41</sup> Saul Kripke, *Naming and Necessity*; Hilary Putnam, «Is Semantics Possible?» (1970) en *Philosophical Papers*, vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press. 1975.

fregeano que indica un único referente, pero que no es fácilmente traducible lingüísticamente. Otros, sin embargo, tienen una postura conciliadora.<sup>42</sup>

Los términos de esta disputa frecuentemente están, en mi opinión, menos claros de lo que debieran. Bastantes diferencias dependen de lo que se entienda por «significado» o «semántica». Si se ven *estas* nociones aplicadas a un cierto dominio común de lo que se dice (ciertos denominadores comunes idealizados del entendimiento) entonces la teoría de la referencia directa es bastante plausible, al menos cuando se aplica en algunos contextos lingüísticos. Si seguimos a Frege y vemos estas nociones referidas al contenido cognoscitivo intencional, algo que los sujetos expresan en el pensamiento en el uso de *estas* expresiones, entonces la postura de los defensores de la referencia directa no es sostenible. Los problemas en este área, incluidos bastantes que sobreviven a la aclaración de los objetivos de la «semántica», continúan siendo terreno fértil.

Considerando estos últimos treinta años, encuentro los resultados sobre la referencia y algunos sobre la forma lógica más importantes y duraderos que los de la teoría del significado. El exceso de discusión acerca de la *teoría* del significado ha llegado incluso a parecer un poco inocente. Todos los acercamientos al significado parecen tener el mérito de revelar algunos aspectos de este complicado concepto. El meta-debate de qué puede estar implicado en una teoría del significado ha sido de un interés genuinamente filosófico, pero nada que haya podido llamarse una teoría ha logrado mucho consenso o mostrado otros síntomas sociológicos de conocimiento sistemático teórico. Puede que el problema sea demasiado complejo y, sencillamente, necesite más tiempo. O tal vez Quine (e implícitamente Davidson) tiene razón al sostener que no puede haber una teoría del significado en el sentido en el que se pretende. Los filósofos del lenguaje que han trabajado con el significado han querido normalmente (e incluso han asumido que debían tener) una teoría que reduzca el significado a algo más básico o científicamente «respetable». Han querido una teoría que explique en otros términos qué es el significado. Pero la noción de significado puede que no se preste a una explicación o reducción tales. Puede que tenga muchas caras. Puede que no haya una noción general de significado que sirva como *explanandum*. Varias asociaciones de ideas menos importantes pueden presentarse como más indicadas para dar cuenta de ella. O la noción de significado puede que sea demasiado básica (de modo que una teoría *del* significado puede ser menos iluminadora que teorías que hagan uso de varias nociones de significado).

<sup>42</sup> La postura de la «referencia directa» la sugiere al menos Kripke. Pero sus defensores principales han sido David Kaplan, «Demonstratives» en *Themes from Kaplan*, Almog, Perry, y Wettstein (eds.) New York: Oxford University Press. 1989. Cfr. también diferentes artículos en *Propositions and Attitudes*. Salmon y Soames (eds.) Oxford: Oxford University Press. 1988. Una postura neo-fregeana es desarrollada por John McDowell, «On the Sense and Reference of a Proper Name» en *Mind*, nº 86, 1977, pp. 159-85; por Gareth Evans, *The Varieties of Reference*. Oxford: Oxford University Press/Clarendon. 1982; y por Diana Ackerman, «Proper Names, Propositional Attitudes, and Non-Descriptive Connotations» en *Philosophical Studies*, nº 35, 1979, pp. 55-69. Dos posturas intermedias diferentes pueden encontrarse en John Searle, *Intentionality*. Cambridge: Cambridge University Press. 1983; y en Tyler Burge, «Belief De Re» en *Journal of Philosophy*, nº 74, 1977, pp. 338-63, y «Russell's Problem and Intentional Identity» en *Agent, Language and the Structure of the World*, James Tomberlin (ed.) Indianapolis: Hackett. 1983.

Cualquiera que sea el caso, parece poco probable que la psicología cognitiva y la lingüística (aún menos la filosofía y el discurso ordinario) puedan pasar sin ninguna concepción del significado. Se necesita alguna noción de contenido intencional para poder hablar de actitudes proposicionales. Además, las prácticas lingüísticas de la traducción y la explicación semántica son demasiado fiables para hacernos creer que no tienen contenido cognoscitivo. La idea de que hay algo cognoscitivamente sospechoso en la noción de significado (una idea que se ha hecho común por las dudas de Quine durante los últimos cuarenta años) me parece difícil de sostener. Hay muchas nociones como esa en la vida ordinaria que no forman parte de leyes generales de tipo científico. Sería absurdo sugerir que todas esas nociones son cognoscitivamente reprobables. En cualquier caso, se requiere un cuidado extremo en el uso de cualquier noción de significado. Éstas probablemente serán un tema de debate filosófico en el futuro inmediato.

Gradual pero inequívocamente, en los últimos años de la década de los setenta, la filosofía del lenguaje ha ido perdiendo preeminencia como referente ineludible de la práctica filosófica. Ningún otro área filosófica ha reemplazado a la filosofía del lenguaje en la posición que detentaba desde los años cincuenta, pero el grado de interés en la filosofía del lenguaje relativamente «pura» se ha visto ciertamente reducido. Además, ha habido un cambio perceptible de interés por cuestiones de filosofía de la mente.

Algunas razones para este cambio son internas a la propia disciplina. La discusión del significado de Quine y Grice mostró que hay una relación sistemática entre el significado y las actitudes proposicionales, como en el caso de la creencia y la intención. Aunque gran parte de la discusión sobre el lenguaje hacía referencia a esta relación, había habido poca reflexión pausada acerca de las actitudes proposicionales. De ahí la presión dialéctica para un cambio a la filosofía de la mente.

Otra razón interna era que algunos de los problemas más difíciles y persistentes de la filosofía del lenguaje (dar cuenta del problema fregeano de Hesperus y Phosphorus bajo la luz de la nueva teoría de la referencia, explicar el valor cognoscitivo de los demostrativos, de las condiciones de verdad y la forma lógica de los enunciados acerca de actitudes proposicionales, explicar creencias *de re*) apuntaban hacia la filosofía de la mente.

Una razón interna más general es que la filosofía del lenguaje parecía haber agotado alguna de sus promesas iluminando preguntas tradicionales de la filosofía, cuestiones que condujeron a la mayoría de los filósofos a este terreno filosófico. La esperanza originaria (entre los positivistas y entre los filósofos del lenguaje post-positivistas) era que clarificando cuestiones acerca del lenguaje, la filosofía daría con una base más robusta para acometer el grueso de los problemas tradicionales. No es fácil decidir cuánto se satisfizo de este proyecto. La filosofía del lenguaje mejoró los métodos argumentativos y la sensibilidad para distinciones importantes. Abrió nuevas perspectivas para abordar cuestiones tradicionales que son valiosas, y, al menos, por lo que respecta a la teoría de la referencia, sentó las bases para una concepción muy diferente de bastantes cuestiones tradicionales. Pero a finales de los setenta o principios de los ochenta la filosofía del lenguaje no parecía ya la propedéutica obvia para tratar los problemas filosóficos centrales.

Como ya he insinuado, un motivo para este cambio fue que bastantes filósofos percibieron que la filosofía del lenguaje ya había hecho su trabajo (que el desarrollo natural del razonamiento filosófico conducía a la filosofía de la mente, u a otras áreas cercanas). Otro motivo era que algunas discusiones, especialmente la de la teoría del significado y la de qué debía o no ser la «semántica», parecían estar en un punto muerto. Ha habido una carestía importante, prolongada, de nuevas ideas filosóficas en estas subdisciplinas durante una década.

Un motivo más es el de la creciente especialización de la filosofía del lenguaje. Un resultado del éxito de esta rama de la filosofía fue el desarrollo de un vocabulario y un conjunto de problemas que tenían vida propia (no dependían directamente de asuntos del resto de la filosofía). Gran parte del trabajo sobre la forma lógica lo ha heredado la lingüística. Parte del trabajo en semántica de la referencia y en el (disputado) límite entre la semántica y la pragmática parecía haber ganado en precisión y sistematicidad mediante la idealización que dejó fuera de circulación bastantes problemas filosóficos bien difíciles. Este es a veces el método de una ciencia con futuro.

Quiero concluir resumiendo algunos de los cambios principales en estas áreas centrales de la filosofía en los últimos cuarenta años. Las tres contribuciones más importantes, probablemente las más duraderas, son la crítica a la teoría positivista del significado; el desarrollo de una concepción más amplia y sofisticada de la forma lógica, en tanto que aplicada al lenguaje natural; y la actualización de una concepción no descriptiva de la referencia, con una extensión de esta idea a la filosofía de la mente. Diferentes filósofos propondrían, claro, listas diferentes de logros, dependiendo de lo que consideraran verdadero e importante.

Por lo que respecta a las corrientes dominantes durante este periodo es más fácil coincidir. El suceso central es la caída del positivismo y la recuperación para el debate de prácticamente todos los problemas clásicos de la filosofía. Esto iba acompañado de la actualización de Frege, la aplicación de la lógica al lenguaje, y el auge de la filosofía del lenguaje tanto como una propedéutica para abordar otros terrenos filosóficos como una disciplina en sí misma. El paradigma computacional y el complejo crecimiento de la filosofía del lenguaje condujeron a la filosofía de la mente a dominar la última década.

El positivismo dejó tras de sí una contumaz orientación hacia los métodos científicos. Esta orientación había animado el desarrollo de ámbitos filosóficos (filosofía de la física, de las matemáticas, de la biología, de la psicología, de la lingüística, de las ciencias sociales) que reflexionan sobre singularidades de las teorías científicas.

Por todo ello, la filosofía se ha orientado durante este periodo hacia un acercamiento más general, más ecléctico, menos ideológico a los problemas filosóficos (y una mayor receptividad para el intercambio entre la filosofía moderna y la historia de la filosofía). Es difícil subrayar el extremo al que filósofos norteamericanos de primera línea han ampliado su interés desde los años cincuenta a cuestiones que todavía contribuyen a entender en qué consiste llevar una vida reflexiva.

Esta ampliación no parece haber socavado seriamente los mínimos de rigor, claridad y apertura a la crítica heredados de Frege, Russell, Carnap, Hempel, Gödel,

Church y Quine. En parte debido a sus estrechos vínculos con el desarrollo de la lógica matemática en este siglo, los criterios para la argumentación en filosofía se han elevado.

Un corolario de este cambio y del ejemplo personal de los positivistas al desarrollar un debate abierto y desapasionado ha sido la aparición de la comunidad filosófica. Una de las glorias de la filosofía hecha en inglés en los últimos cuarenta años ha sido la fructífera participación de bastantes filósofos en las mismas discusiones. A diferencia de gran parte de la filosofía tradicional y de la filosofía en otras partes del mundo, la filosofía de habla inglesa ha estado abierta y disponible en el foro público. Las revistas de este ámbito, mencionando especialmente a ésta<sup>45</sup> han sido testigos de un conjunto de preocupaciones filosóficas, vocabularios y métodos de disputa compartidos. Ahora damos esto por sentado. Pero desde una perspectiva histórica, es sobresaliente. Aunque pienso que la filosofía no es y nunca será una ciencia, ha asumido bastante del espíritu científico. Ese me parece que es el logro más importante.

Esta panorámica ha ofrecido, en el mejor de los casos, una visión borrosa de la enorme complejidad y variedad de la discusión en filosofía del lenguaje durante las últimas cuatro décadas. Es imperfecta como retrato preciso no sólo por su excesiva simplificación y limitado enfoque, sino también por su fracaso para expresar la vida y la naturaleza del *animal*. La filosofía no es primordialmente un cuerpo de doctrinas, una serie de conclusiones o sistemas o movimientos. La filosofía, bien como producto o como actividad se fundamenta en el preguntarse, en la clarificación de significados, en la mejora y la crítica de argumentos, en el desarrollo de ideas y puntos de vista. La filosofía reside en las perspectivas, los matices, el estilo, las disputas y las revisiones de autores concretos. En una presentación panorámica como ésta, prácticamente toda la verdadera filosofía debe omitirse. Para aquellos no iniciados en estas cuestiones, lo dicho es una invitación. Para aquellos que ya han accedido a estos conocimientos, es un recordatorio, un recordatorio de la grandeza, la riqueza y la substancia intelectual de nuestra materia.

Traducción: *Alberto López Cuenca*

<sup>45</sup> *Philosophical Review* [N. del T.]